

## La sombra de Pedro Páramo

Carmen Rodríguez

A los once años, descubrí a Pedro Páramo. Como muchos libros, llegó a mí cuando alguno de mis hermanos tenía la obligación de leerlo en la secundaria; de menor tamaño que otros, me intrigaron las pesadillas sufridas por dos de mis hermanos. Un día que la familia salió, estando afortunadamente sola, me di a la tarea de descubrir los secretos de ese señor, cuyo nombre le daba título.

Después de unas horas leyendo, sin levantarme de la mesa del comedor y con las tripas rechinando, me hice un licuado de fresa para matar el hambre; con mi vaso enorme regrese al universo extraño del libro. Después de unos tragos, los fantasmas de Comala caminaban no sólo a mi lado. Uno a uno deambularon por la cocina, las habitaciones y el jardín selvático y desordenado de mi madre.

¿Miedo? ¡Claro que lo sentí! A la primera sombra que arribó, di un brinco, pero fue tal el hechizo del libro que no podía levantarme. Por último, mientras llegaba tal vez a las dos terceras partes, la legendaria figura de Pedro Páramo se manifestó, cierta intuición me decía que era él. Parado atrás de mí, me respiró en la nuca. Posiblemente su mortandad se sintiese atraída por mi olor de puberta. Me quedé paralizada, cada poro de mi cuerpo se erizó. Por disimular, alargué la mano al vaso de licuado, no quería que me viera asustada.

Envalentonada, acerqué el vaso lento, sin levantar la vista del libro. Atrás, él seguía recorriendo mi cabeza, cuello y hombros, sin tocarme, como aspirando un hálito leve de vida. Mi mano tembló, el vaso, como en cámara lenta escapó de mi mano derramando el líquido en el libro y luego en mi vestido. Presurosa me levanté y con servilletas de papel traté de arreglar el estropicio. Alrededor, en un remolino frío y turbulento que alborotó mis cabellos y mi ropa, los espectros regresaron a las páginas. Pedro no. Sonreía divertido de que me fuera más importante resguardar su historia, que su fantasmagórica presencia.

Furiosa, lo enfrenté mirándolo a los ojos y frunciendo el ceño, aunque mi cuerpo temblaba como si me hubiera bañado en agua helada. Él, con el dedo índice de la mano derecha, trazó una línea empezando en mis labios, recorriendo mi barbilla, el cuello, el pecho, hasta detenerse en medio de mis diminutos senos apenas nacientes. "Susana", musitó levemente. Besó mis labios, casi con el toque de un pétalo de rosa y se fue, dejándome el rastro de su sórdida mirada, ya sin sonreír.